

Reflexiones: La discapacidad no impide estudiar

Nada es más emocionante que encarar el desafío de estudiar. Lo hermoso de poder iniciar un camino donde todo es sorpresa.

Todos tenemos derecho a acceder al conocimiento, derecho que se acrecienta a partir de la obligación de cumplir con cierta escolaridad, a sabiendas de que no existe ningún impedimento físico, económico o social que nos lo pueda privar.

A quien no me conoce le cuento que tengo una enfermedad neuromuscular (atrofia espinal) y que toda mi vida (actualmente tengo 47 años) me movilité en silla de ruedas.

Mi vida no ha sido ni es fácil, pero fue y es sencilla. Si la familia, primero, y uno, después, asume y reconoce capacidades y virtudes con la misma claridad que reconoce limitaciones y discapacidades, les aseguro que lo de "sencillo" no es solamente una bella expresión.

Mi experiencia como alumno, por ejemplo, ha sido muy rica. Cursé todo el ciclo primario en la "Escuela Domiciliaria" porque en ese tiempo era la opción más accesible. Si hoy, en pleno siglo XXI, existen prejuicios para aceptar a un niño o joven discapacitado en la escuela/colegio común, a fines de la década del '60 y principios del '70 eran muchos más. Por supuesto, siempre es preferible este tipo de escuela, común, por razones de sociabilidad, en la que el contacto entre los niños, salvo excepciones, aleja toda discriminación. En mi caso, el contacto social se compensaba en gran parte en razón de mi actividad creativa, experiencia que en otro artículo les contaré.

Fueron años muy lindos y con maestros de excelente calidad intelectual y humana.

Cursé la secundaria en el Colegio Nacional No 10 José de San Martín, Buenos Aires, Argentina. Allí conté con el total apoyo de sus autoridades, reflejado en la posibilidad de realizar todo lo vinculado al acceso y desplazamiento dentro del establecimiento (incluida, siempre, la ubicación de mi división en la planta baja). Conservo recuerdos maravillosos de ese tiempo, principalmente la convivencia con los compañeros - muchos de ellos son mis amigos de hoy- y profesores (actualmente, sigo vinculándome con mi profesora de literatura) y la experiencia única del viaje de fin de curso.

Luego, llegó el tiempo del terciario donde concurrí al Instituto Tecnológico O.R.T. en el que me recibí de Analista de Sistemas en 1986. Ese tiempo, en relación al compañerismo, fue muy similar al del secundario; y en cuanto a sus autoridades, tuvieron el gesto de otorgarme media beca para toda la carrera, sin haberla yo solicitado y sin que supieran cual habría de ser mi rendimiento como alumno. Quisieron apoyar la voluntad de estudiar que demostraba.

A través de esta rápida reseña de mi vida de estudiante, quiero transmitirles que más allá de las dificultades que se les puedan presentar -y me dirijo a ustedes, papás, y a ustedes, chicos y chicas- nunca dejen de tener la convicción de estudiar, más en estos tiempos donde además de tener los sistemas convencionales de estudio se suma todo lo que brinda Internet.

Entiendo que la vida se nos presenta con obstáculos que son los generados por nuestra discapacidad, pero nuestra vida no se limita a la discapacidad, nuestra vida incluye múltiples aptitudes y es ahí donde debemos apuntar, ahí es donde tenemos que construir nuestros cimientos.

Aún persisten muchas actitudes poco integradoras por parte de las autoridades de algunos establecimientos educativos, pero esas actitudes son producto de la falta de información que tienen, la poca o casi nula experiencia con personas discapacitadas y, lo que es más grave, de la carencia de sentido común.

Pero una de las principales herramientas que tenemos para revertir aquella situación, somos nosotros mismos: cuanto más convencidos estemos más vamos forzar el cambio.

Es posible que no sea fácil, que nos genere cierto dolor y angustia pero es la forma de crecer y demostrarnos que también podemos aportar como uno más en una sociedad activa.

Hay un pequeño cuento que habla de dos semillas que yacen lado a lado en el fértil suelo de la primavera. La primera semilla dijo:

-¡Quiero crecer! Quiero impulsar a mis raíces hondo dentro del suelo que esta debajo de mi, y expulsar a mis retoños a través de la corteza de la tierra que esta sobre mi... quiero desplegar mis tiernos brotes como banderas que anuncien la llegada de la primavera... ¡quiero sentir el calor del sol sobre mi rostro y la bendición del rocío matinal sobre mis pétalos! Y creció.

La segunda semilla dijo:

-Tengo miedo. Si impulso mis raíces dentro del suelo que esta debajo de mi, no se lo que encontrare en la oscuridad. Si me abro paso por el suelo duro que esta sobre mí, puedo dañar a mis delicados retoños... ¿que tal si al dejar que mis brotes se abran, un caracol trata de comérselos? Y si abriera mis capullos, un niño pequeño podría arrancarme de la tierra. No, será mejor que espere hasta que no haya peligro. Y espero.

Una gallina de corral que buscaba comida afanosamente entre la tierra de comienzos de primavera encontró a la semilla en espera y rápidamente se la comió.

Que los temores no nos coman la posibilidad de crecer.

Marcelo Villegas
www.marcelovillegas.com.ar